

## BODAS DE ORO DE LA HERMANDAD "VIRGEN DE LAS CRUCES" DE MADRID (II)

Continuando con mis comentarios cronológicos sobre los actos llevados a cabo por la Hermandad-Asociación con motivo de la celebración de sus 50 años de existencia en Madrid, comenzaremos hoy por hablar sobre la peregrinación que tenía lugar el pasado día 5 de junio, con el Santuario de la Virgen de las Cruces en Daimiel como objetivo.

La idea de llevar a cabo esa peregrinación en el presente año ha sido, a mi entender, un gran acierto de sus dirigentes, por conmemorarse en él una circunstancia tan trascendente para la Hermandad como la que nos ocupa, aunque no se haya tratado este acontecer de una primicia, pues ya al final de la década de los años 70 en que se comenzó, y durante algunos más de la de los 80 en que se mantuvo, la entonces Asociación a secas tuvo a gala, como uno de los principales actos a realizar anualmente, el efectuar esa peregrinación al Santuario. De entre las varias llevadas a cabo, es obligado mencionar la correspondiente a 1980 y por una circunstancia muy similar a la del año actual: la Asociación celebraba ese año sus Bodas de Plata de existencia. Con tal motivo el entonces Sr. Obispo de Ciudad Real, D. Rafael Torija de la Fuente, especialmente invitado para la ocasión, llevó a cabo el descubrimiento y la posterior bendición de un mural cerámico donado por la Asociación, con el que se conmemoraba ese acontecimiento; mural que desde aquel momento aún permanece, intacto, en el interior de la capilla del Santuario.

Como en esos años citados, también en esta ocasión un autocar repleto de asociados hacía escala en la mañana del ya indicado día 5, camino del Santuario de las Cruces, en el Convento de PP. Pasionistas, desde el que un grupo no muy numeroso de esforzados emprendía la marcha andando para llegar a él. Una vez todos los excursionistas en su recinto, tenía lugar una eucaristía, concelebrada por D. Félix Lavilla, párroco de Sta. María; el pasionista P. Basilio, y D. Antonio Astillero, que estuvo cargada de sentimientos para unos, de añoranzas para otros, y de ambas cosas para casi todos, y de manera especial para los "madrileños" expresamente desplazados para la ocasión. En

su homilía D. Antonio hablaba del binomio Virgen de las Cruces-Asociación de Daimieleños, rememorando los inicios de su fundación y la difícil supervivencia de ésta a lo largo de 50 años ya, algo achacable a un intangible lazo que viene a conectar la tutela y la cercanía de la Virgen hacia la Hermandad, con el cariño y la arraigada fe de todo daimieleño hacia Ella. Al final de la celebración, Paquito Villar interpretó el himno recientemente compuesto en honor de la Virgen.

El martes día 7, tenía lugar el pregón de fiestas pronunciado por D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Dolores González-Mohino, concejala de Cultura del Ayuntamiento de Daimiel, que ya ha sido comentado y muy acertadamente en estas páginas por D. Nicolás del Hierro, y del que yo destacaría de manera especial, la hondura de sentimientos que puso de manifiesto la pregonera en las palabras que le dedicó al recientemente fallecido D. Ramón Sánchez-Archidona, su tío. Fueron, si no las más bellas, que quizá lo fueran, si al menos las más intensas de las pronunciadas, en las que ese velo de cariño que embargaba a la pregonera, y que quería dejar patente entre el auditorio por la persona fallecida (Ramón fue, dicho sea de paso, un denodado colaborador y un auténtico paladín de nuestra Hermandad, un hombre siempre jovial, agudo y dicharachero como ninguno de sus asociados, además de un excelente compañero de Junta de Gobierno en los muchos años en que perteneció a la misma) y esa emoción contenida que trataba de superar, hacían presa en la garganta de Loli hasta deformar su voz, consiguiendo con ello que el estado de ánimo de más de uno de los presentes, entre los que me incluía yo, se alterase un tanto, al recordar a ese singular personaje, por todos querido y sentido, el popularísimo Archidona.

Entre los días 8 y 10 tuvo lugar un solemne triduo presidido por el carmelita y capellán de la Asociación de Daimieleños Residentes en Valencia, D. Manuel Martín de la Sierra. Previamente se había instalado la imagen de la Virgen de las Cruces, profusamente engalanada de flores y escoltada por los dos ángeles que habitualmente la escoltan en su capilla, sobre unas andas cedidas por la daimieleña Hermandad del Cristo de la Expiración. De puro esplendor

su imagen resaltaba como en muy pocas otras ocasiones había estado, quizá también porque, además de la novedad del marco en que se encontraba, la efeméride que se conmemoraba había sensibilizado nuestros corazones de una manera especial. Lo evidente es que su presencia era mucho más majestuosa que cuando ocupa la tradicional peana sobre la que, año tras año, se la viene colocando.

Muy acertadamente, el P. Martín de la Sierra eligió al mundo de la emigración y su repercusión, como tema protagonista de su predicación en ese triduo, y tuvo además la agudeza de relacionar directamente este fenómeno social actual con las tres virtudes teológicas. Así el primer día el tema expuesto fue "El emigrante en la fe", el segundo "El emigrante en la esperanza", y el tercero "El emigrante en la caridad"; con estas propuestas tan en sintonía con el auditorio que poseía y las circunstancias personales de cada uno, y con la calidad de su verbo, el reconocimiento de los asistentes se puso de manifiesto desde el primer día. Excelente estreno ante los "madrileños" como predicador religioso, del capellán "valenciano".

El triduo se vio reforzado en toda su religiosidad y en su empaque, con la intervención del coro de las RR. Salesas, quienes vinieron a poner en él su característico sello de dulzura y de misticismo si cabe, más acentuado quizá que en otras ocasiones similares, y es que, al margen de que para ellas era la única ocasión que en este año se les brindaba para "agasajar" a la Virgen, ya que la solemne eucaristía en su honor no iba a tener lugar en su capilla como es habitual, es que también parecía detectarse en el timbre de sus voces unas sensaciones desacombradas hacia Ella y el acontecimiento que en su honor tenía lugar. Por estas y otras razones y sin lugar a dudas, 50 años de existencia en Madrid de una institución de las características de la nuestra, requieren algo más que el mero esfuerzo humano de sus asociados mantenido en el tiempo, se hace imprescindible también algo más, y que a ese "algo" cada cual lo denomine como le parezca, aunque yo considero que, aún sin citarlo, en el ánimo de todos está su celestial nombre.

PEDRO GONZÁLEZ-MOHINO GALLEGU